

LAS FLORES
MEXICANAS

GUILLERMO
PRIETO
ET AL.





NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA

LAS FLORES
MEXICANAS

GUILLERMO PRIETO
ET AL.

Verónica Hernández Landa Valencia
Presentación

Verónica Hernández Landa Valencia
y Angélica Escobedo
Edición y notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Guillermo Prieto *et al.*, *Las flores mexicanas*

Primera edición digital: 28 de noviembre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 045 10, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Andrea Jiménez

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Unas flores mexicanas, ¿mejores que las francesas? <i>Verónica Hernández Landa Valencia</i>	7
<i>La flor del cardo. Un matrimonio heterogéneo</i>	
Prólogo. En que se prueba que, por más que se diga, la cabra tira al monte	19
I. Eugenia Espinal. En donde se demuestra que hay unas de caritas de san Antonio, con unas malas mañas como un demonio	21
II. En que se palpa la verdad de los proloquios que dicen: “el que no juega, no pierde” y “el buey solo bien se lame”	25
III. En que se manifiesta que casi es realmente axio- ma la copla que dice: “cada uno tiene, señora mía, sus diversiones y sus manías”	29
IV. Donde se demuestra como verdad matemática que “más sabe el Diablo por viejo que por Diablo”	35

V. En que se demuestra, a tira más tira, que no siempre es cierta la máxima popular que dice: “no se hizo la miel para la boca del asno”	41
VI. En que se va a poner en evidencia que no hay animal más fiero que un marido setentón	43

Noticia del texto	95
Guillermo Prieto. Trazo biográfico	97
Notas	101

La flor de granada

Anónimo

I. El pacto	49
II. El baile de máscara	51
III. El Diablo en el baile	55
IV. La verdad desnuda	61
V. Un cuarto de hora de amor	67
VI. Las dos de la mañana	69
VII. Conclusión	71

La envenenadora

Anónimo

I. Reflexiones morales	75
II. El amor culpable	77
III. El casamiento	79
IV. La venganza	81
V. El juicio	85
VI. La ejecución	89
VII. El castigo	91
VIII. La cicuta	93

PRESENTACIÓN

Unas flores mexicanas, ¿mejores que las francesas?
Verónica Hernández Landa Valencia

El sólo hecho de mirar superficialmente los textos de *La flor de granada*, *La flor del cardo* y *La envenenadora* podría generar ciertas interrogantes en el lector. Si está acostumbrado a que en las colecciones de *La novela corta: una biblioteca virtual* se editen siempre las novelas de forma individual, no dejará de extrañarle que en esta ocasión aparezcan tres juntas. Si advierte la presencia de imágenes dentro de la edición, en las que se ilustran la granada, el cardo y la cicuta como flores personificadas en mujeres, se reafirmarán sus sospechas de que algo atípico ocurre con estas novelas cortas. Y no estará equivocado.

Es cierto que los relatos resultan muy representativos de algunas tendencias literarias de la primera mitad del siglo XIX mexicano, las cuales también están presentes en otras novelas de la colección *Novelas en*

Tránsito. Los relatos son difíciles de clasificar, porque en ese entonces la novela corta rozaba las fronteras con el cuento, la leyenda, el cuadro de costumbres y los géneros menores del teatro. En las obras se manifiesta la búsqueda de la expresión nacional, que adaptaba y traducía a la cosmovisión mexicana las tendencias estéticas, e incluso obras literarias concretas, procedentes principal, aunque no exclusivamente, de Francia. Se publican en revistas misceláneas, generalmente ilustradas, en las que la literatura convivía y se intercalaba con estudios geográficos, históricos, médicos, estadísticos, que en conjunto contribuirían, al menos así se creía entonces, a fomentar el progreso material y moral de la sociedad. El soporte de la revista, en su afán por abarcar todos los aspectos de la realidad nacional, conllevó la preferencia por textos breves pero representativos de los aspectos sobre los que se deseaba ilustrar a la sociedad.

Sin embargo, las novelas que aquí se editan también presentan rasgos muy peculiares: originalmente pertenecían a una serie de más de cincuenta relatos titulada *Las flores animadas*, publicada a finales de la década de 1840, los cuales compartían un eje narrativo, y cada uno venía acompañado por una ilustración que representaba al personaje central de la historia, una flor personificada en mujer. No se trata del mismo tipo de ilustraciones

que, por la misma época, acompañaban a los cuadros de costumbres de *Los mexicanos por sí mismos* —inspirados en las obras homónimas inglesa, francesa y española, y publicados en forma de libro en 1854—. En estos últimos, la imagen pretendía retratar fielmente al personaje tipo que ocupaba el centro de un relato cuyo vínculo con el conjunto de textos era exclusivamente temático: las costumbres de los tipos nacionales; en cambio, las flores de nuestras novelas cortas, aunque afines al Costumbrismo, también tienen rasgos maravillosos.

El hilo narrativo que une relatos e ilustraciones favorece cierta filiación con los cuentos de hadas: a petición de las flores que se encuentran aburridas en su estatismo, una encantadora las convierte en mujeres para que experimenten la vida en el mundo de los seres humanos. Si bien no todos los textos rememoran el suceso narrativo base, éste los inaugura y forma parte del programa de lectura que engloba al conjunto, en el que se incluye *La flor de granada*, *La flor del cardo* y *La envenenadora*.

Estos últimos son una muestra apenas representativa de una ambiciosa empresa literaria de mediados del siglo XIX, una que permite ilustrar algunas de las vacilaciones genéricas de la novela corta en el periodo y, en general, ciertas dinámicas literarias que permearán incluso hasta el Modernismo.

En el año de 1849, Ignacio Cumplido (1811-1887), uno de los impresores más activos del siglo XIX, se puso la tarea de publicar *El Álbum Mexicano. Periódico de Literatura, Artes y Bellas Letras*. De todas sus empresas editoriales, ésta es de las que más destacan visualmente, no sólo por el lujo de la edición y la belleza de su tipografía sino, sobre todo, por incluir entre sus páginas numerosos grabados del famoso ilustrador francés J. J. Grandville (1803-1847).

Conocido por sus caricaturas de sátira política, al final de su vida Grandville realizó una serie de ilustraciones de corte sentimental y fantasioso cuyo eje temático son unas flores personificadas en mujeres gracias a la intervención de un hada. Solicitó a tres escritores de escaso renombre, Alphonse Karr (1808-1890), Taxile Delord (1815-1877) y el Conde Foelix —seudónimo de Louis François de Raban (1795-1870)—, elaborar relatos que acompañaran a cada una de las ilustraciones, y así fue como nacieron los dos tomos de *Les Fleurs Animées*, publicados después de la muerte de Grandville, en 1847. La obra tuvo tanto éxito que, además de ser reeditada varias veces en su lengua original, fue traducida a distintos idiomas y publicada en Nueva York (1847), Bruselas (1851) y Leipzig (1857).¹

México fue de los pioneros en la traducción de algunos relatos, publicados en las páginas de *El Álbum*

Mexicano, acompañados de sus respectivas ilustraciones. Sin embargo, el paso del libro francés a una revista miscelánea como ésta implicó cambios sustanciales en la forma en que los relatos llegaban al lector. En primera instancia, los textos perdieron cierta unidad, en la medida en que se intercalaron con publicaciones de diversa índole. *El Álbum*, tal como lo señala Ignacio Cumplido en la Introducción, no sólo incluía literatura: “procuraremos fomentar el bienestar y los intereses materiales, propendamos también a fundar el orden moral, mezclando siempre lo útil con lo deleitable. Así nos dedicaremos a la vez a propagar los conocimientos geográficos y estadísticos, a vulgarizar las doctrinas económicas, a dilucidar nuestra historia y a halagar la imaginación”.²

Aunque la publicación de los relatos sobre las flores queda inaugurada por el relato de “La encantadora de las flores” como situación inicial que da pie a las demás historias,³ a éste no suceden de inmediato los demás, sino que queda separado por quince páginas del siguiente, titulado “Pesares de la camelia”. En medio, encontramos un poema, una sátira sobre las subastas públicas, textos de corte informativo sobre alimentación, la edad de los pintores españoles, acontecimientos notables, la descripción de una región fronteriza, etcétera. Esto por supuesto afecta la unidad de la lectura del texto pura-

mente artístico, pero el sacrificio también implica una ganancia: el nuevo contexto favorece la construcción de otras significaciones; ya no se trata de meras historias de entretenimiento, apéndices de las ilustraciones de Grandville, sino que ahora se leen en el contexto de la cultura nacional e internacional.

Los cambios no terminan ahí. Según Dolores Phillipps-López, los primeros relatos son traducciones bastante fieles del original francés, salvo pequeñas adaptaciones que permitieran adecuarlos a las costumbres o moral mexicana; sin embargo, a partir del sexto relato las licencias son cada vez mayores, y hay relatos plenamente originales o versiones sumamente libres del que les sirve de punto de partida. Algunos de ellos vienen firmados por Guillermo Prieto, Manuel Payno y José María Roa Bárcena. En los casos que nos atañen, sólo *La flor del cardo* viene firmado por Fidel, conocido seudónimo de Guillermo Prieto. En *La flor de granada* y *La envenenadora* no se indica el autor, pero se especifica al final que fueron escritos para *El Álbum*.

Traducción, adaptación y reconfiguración fueron prácticas muy comunes en la literatura mexicana del xix, incluso en el Modernismo. Ellas contribuyeron a la paulatina conformación del perfil de la literatura mexicana.

Así, *La flor del cardo* retoma la historia base de la versión francesa, bastante simple y melodramática, y la

enriquece notablemente al poblarla con una rica gama de recursos narrativos y transformarla, por medio de la ironía, en un relato completamente hilarante. Desde el cambio de título nos deja ver mucho sobre la reconfiguración narrativa: la versión original enfatiza el papel nefasto, aunque no exento de cierto ridículo, del antagonista del triángulo amoroso que se desarrolla en *L'ane: recouvert du paletot du lion* [*El asno: recubierto con la piel del león*];⁴ en la de Prieto, *La flor del cardo*. *Un matrimonio heterogéneo*, la última palabra le quita todo carácter solemne y favorece la distribución equitativa de la responsabilidad en la relación que sostienen los personajes. El autor mexicano extiende el relato con la caracterización costumbrista, cómica y profusa, de los personajes, cuyo carácter ridículo acentúa desde los nombres; complica el desarrollo por medio de escenas en las que se insertan diálogos al estilo de la comedia de enredos del teatro, didascalias incluidas; incluye numerosos refranes en los paratextos; introduce elementos autorreflexivos en que el narrador ironiza sobre su papel como novelista. En todos estos recursos se delinean las características de ciertas vertientes de la novela corta mexicana que atraviesan el siglo xix, desde *Mi paisano* (1837), firmado por F. C., hasta obras como *El de los claveles dobles* (1899), de Ángel de Campo.

La flor de granada parece no tener paralelo en *Les Fleurs Animées*. En la versión francesa, la imagen de la flor acompaña el relato “Le denier cacique” donde la granada se encarga de salvar la vida de un cacique mexicano llamado Tumilco; ésta fue adaptada por Manuel Payno bajo el nombre “El último cacique”, donde la granada no desempeña ningún papel. En cambio, la historia de la flor de granada parece totalmente original. Aquí la tradición costumbrista se funde, de manera poco usual en la narrativa mexicana, con motivos carnavalescos y maravillosos; lo que sí es usual es la mezcla de la crítica moral ilustrada con el ideal de amor romántico. Cual bella cenicienta, a granadita se le permite convertirse en mujer por un lapso breve de tiempo, y sus poderes sobrenaturales le permiten presenciar el carnaval de las costumbres licenciosas de los seres humanos, en medio de los cuales descubrirá el amor ideal.

La envenenadora funciona como la continuación de la *Histoire de la ciguë*, o historia de la cicuta. En ella se narran muy someramente las acciones de tres envenenadoras, Xanthis de Tracia, Locusta de Roma y la parisina Brinvilliers y, al final, se nos advierte que la cicuta ha seguido tomando distintas formas femeninas a lo largo del tiempo. Éste es el punto de partida para la historia singular de la versión mexicana, historia con aires de leyenda llena de motivos románticos y descripciones

truculentas, que así se manifiesta como representativa de una de las tendencias estéticas de la época. Lucrecia, la protagonista de este drama romántico, ofrece un esbozo de lo que será, a finales de siglo, la mujer fatal.

Eugenia Espinal, Granadita y Lucrecia, en su estrecha relación con las imágenes de Grandville de las flores del cardo, la granada y la cicuta, respectivamente, sin duda recuerdan la filiación hipertextual con la versión francesa. Este elemento, junto con el marco narrativo maravilloso de la encantadora, conforma el carácter inusitado de los relatos en el contexto mexicano. Pero la intertextualidad no es lo único que los hace brillar, porque los relatos no se limitan a la imitación servil.

En la adaptación al contexto mexicano, los textos adquieren una dimensión educativa y cultural más amplia al ser insertados en una revista miscelánea y, sobre todo, al ser refundidos en historias nuevas que responden a una tradición y cosmovisión propias, de manera que contribuyeron a definir la expresión nacional de la literatura. Por ello nos impulsan a rechazar las críticas que se han hecho a la literatura mexicana anterior al Modernismo como copia fallida de la literatura europea.

En esa búsqueda de la expresión nacional, es posible detectar en los relatos formas narrativas que, desde los criterios actuales, podrían ser etiquetados como

cuentos de hadas, leyendas o cuadros de costumbres, pero que en su momento fueron identificados, al menos en su mayoría, como novelas: “La azucena, la rosa, el lirio, la amapola, convertidas en heroínas de novela, han proporcionado el medio de formar una obra en que se encuentren dos cualidades difíciles de reunir: la instrucción y la amenidad”.⁵ Ciertamente, se trata de relatos complejos que juegan en las márgenes de los géneros y que nos obligan a reflexionar en torno a las fronteras de la novela corta y sus relaciones con otros géneros y tradiciones literarias en el siglo XIX.

LA FLOR DEL CARDO
UN MATRIMONIO HETEROGÉNEO

GUILLERMO PRIETO



PRÓLOGO

EN QUE SE PRUEBA QUE, POR MÁS QUE SE DIGA, LA CABRA TIRA AL MONTE

Al ver la estupenda transformación que sufrían todas las flores al solo permiso de la Encantadora, envidioso el Cardo se retiraba a los lugares más apartados y agrestes, desplegaba su follaje lleno de espinas. Triste y envidiosa la flor que corona su tallo se había cubierto de un azul melancólico. La Encantadora comprendió tanta pena y, al influjo de su sonrisa, el Cardo se sintió conmovido, perdió el conocimiento, y al día siguiente había una joven en una de las calles principales de esta ciudad, que había soñado, según decía, con las soledades de los campos y con que, perseguida por no sé qué monstruos, se escondía tras unas yerbas que la punzaban con sus espinas, y a las que amaba como si fuesen personas de su familia.

Por una fatalidad, como no medió ni solicitud ni estipulación entre el Cardo y la Encantadora, aquella joven, después dechado de hermosura, conservó cierta aspereza en su carácter, cierto aire altanero y caprichoso que, al impuesto en sus antecedentes, le habría

hecho recordar momento a momento su origen, por aquello de que *la cabra tira al monte*.

I
EUGENIA ESPINAL. EN DONDE
SE DEMUESTRA QUE HAY UNAS DE CARITAS
DE SAN ANTONIO, CON UNAS
MALAS MAÑAS COMO UN DEMONIO

C réanme, lectores, era Eugenia no ensueño de bardo enamorado, no fantástica visión de romántico sin sueldo, sino una beldad positiva, dulce y seductora como propina de ministro, apetitosa como curato pingüe, y gallarda y linda como aquella hermosura que tuvo el mal gusto de dejarse seducir por comer una manzana.

Ítem, una beldad modelo, codiciable, única, sin padre, ni madre, ni hermanos, ni... antecedente, ni consiguiente. Esto es, el bello ideal, el sueño de oro para un hijo de Adán que sabe hasta dónde puede conducir a un marido la guerra intestina.

Cuando, erguida como el cisne del lago, pasaba entre las otras hermosuras, no la zahería la envidia. Tanta así era la superioridad de su belleza; reina en el baile, casi arcángel ideal en el templo, objeto de encanto y

adoración en todas partes, era como la realización de esa poesía oculta y sublime que guardan los corazones vírgenes antes de que los marchite la mustia realidad.

Con sus negros y rasgados ojos; con su pestaña negra, que sombreaba la cutis de marfil de su mejilla; con su cintura leve, como la de la abeja; con su pie breve y delicado, cual lo habría podido formar la voluptuosidad misma. Eugenia habría hecho perder los estribos, no hay duda, a un usurero, a un casero, a un alcalde de manzana sexagenario, a un gobernante monarquista.

Pero Eugenia era caprichosa, como partido descontento. Tenía raptos de ira y éxtasis de placer, arbitrarios como ministro en pugna con la cámara, y era insustancial y desdeñosa, como un niño indiscretamente mimado.

De ahí es que, los que la trataban en unos momentos, la llamaban dulce, afable, caritativa, hechicera; otros la censuraban, y la inconstancia misma de su carácter, como una cadena invisible, mantenía en rededor de ella perennes a sus amartelados adoradores.

Rica, con una posición independiente y una reputación intachable, su casa era el punto escogido de tertulia para la más selecta sociedad.

Y desde el barbudo joven despidiendo aromas, de lengua cabellera y de corsé despótico, hasta el viejo magistrado con su asma y sus latines, todos le rendían su

incienso, todos aspiraban a ella con tanto ardor como a plaza de más de tres mil pesos de sueldo. Uno que otro burlón era el solo que, en tal cual café, con cierto tono ofendido, solía decir: “Sí, tiene *una carita de san Antonio, pero unas malas mañas como un demonio*”.

II
EN QUE SE PALPA LA VERDAD
DE LOS PROLOQUIOS QUE DICEN:
“EL QUE NO JUEGA, NO PIERDE” Y “EL BUEY
SOLO BIEN SE LAME”

Cómo describiré la tertulia de Eugenia? Figuraos un salón espléndido con magníficas columnas en sus extremos, entre las que descansan colosales espejos; figuraos las paredes pintadas con cierto gusto gótico; figuraos una sillería de madera de rosa, negra como el ébano; jarrones de alabastro en las rinconeras; floreros gigantescos en las consolas; candil y candelabros de cristal sosteniendo las bujías de sensual esperma; una alfombra velluda que apaga las pisadas; confidentes en que se sumergen sensuales, meciéndose, los circunstantes, y cuanto el arte en pintura y la moda en lujo han inventado de más cómodo, de más delicado, embelleciendo aquella morada de la hermosura, y tendréis aún una idea muy vaga, muy imperfecta del salón de Eugenia.

En él recibía a sus tertulianos: ¡sus tertulianos!

Luisito Pachulí, aquel elegante de raya abierta, sin oficio ni beneficio, pero de albo guante y trajes de La-

mana,⁶ que no sabe si el Istmo de Tehuantepec está por Francia o por Acapulco, ni si nos manda rey o Roque; pero que dice que es cierta la fatalidad, divino el duelo y un acto de energía el suicidio.

Don Roque Mampara,⁷ licenciado de polendas y abogado de pleitos desesperados, que cree seducir a Eugenia, quejándose de sus jaquecas y diciéndole disertaciones que la duermen.

Pepito Sanfruncia,⁸ jovenete resuelto, desembarazado, semicurro, oficial sin traje militar, seductor, desperdiciado, pundonoroso en campaña, sin palabra de verdad, sentimental y a media paga; pero tipo de elegancia y de digno parecer. Fantástico, aturdido, comenzaba por excitar la curiosidad, apasionaba después y, al último, era objeto de su desprecio la beldad que le había rendido el corazón.

Por último, y aquí la atención de mis lectores, el señor don Gerónimo Asnal, vejete rechoncho de unos sesenta abriles, pipote forrado de seda y afeites, de ceñida cintura y luenga corbata; vejete calavera, que en los corrillos contaba desvergüenzas, que en los convites era un Heliogábalo y en los amores un sátiro.

De esos que sólo andan con los jovencitos aturdidos, que traen una novela como la *Lucinda* en un bolsillo,⁹ que median en los enojos de las bailarinas con sus amantes, que se tiñen las canas y martirizan sus pies

con zapato de charol, que saben divinamente todo lo relativo a crónica escandalosa: la gordura de la una, la enfermedad de la otra, el verdadero padre de aquella. ¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!, ¡viejos verdes, momias enfloradas, que van a la tumba maldiciendo y se los lleva el Diablo tarareando la polca!

Las tertulias, como sucede entre la gente de buen tono, eran al principio una especie de asambleas en que se hablaba de las óperas, del carnaval próximo, del mérito de tales actrices, de la moda reinante y de la salud de los conocidos. Luego la confianza trajo a la dulce murmuración; como Eugenia sonreía, volvióse de buen tono ser maldiciente, y aunque en frases más francesas y con circunloquios más ingeniosos, se desplumaba a todo conocido y se daban a luz vidas y milagros. En lo público, las atenciones marcaban los caracteres: Luisito obsequiaba a Eugenia con una cajita de perfumes; el licenciado con un canastón de exquisitas alcachofas de su huerta de Tlalpan; Sanfruncia con un ramo de flores, pero acompañado de una esquila con cuanto Sue tiene de más animado, Soulié de más vehemente y Balzac de más sentimental.

Don Gerónimo no se había introducido astuto en sus interiores domésticos, era dueño de algunos secretos, y con ese pretexto llevaba en el bolsillo la media de su calzado; por un cohecho consiguió una medida que

inflaba a sus solas y besaba con transporte, y ese acomodaba sus obsequios a las circunstancias, haciéndolas siempre más oportunas y sagaces.

¡Pobre Eugenia! Aquella tertulia, que formó al principio por matar el fastidio, había prendado su corazón. Amaba, ¡ay!, amaba con delirio a Sanfruncia, y tenía un vivo reconocimiento, reconocimiento de hija, ¿a quién creen ustedes, señores?... A don Gerónimo Asnal. Olvidó Eugenia que “el que no juega, no pierde”, y lo de que “el buey suelto bien se lame”.

III

EN QUE SE MANIFIESTA QUE CASI ES REALMENTE AXIOMA LA COPLA QUE DICE: “CADA UNO TIENE, SEÑORA MÍA, SUS DIVERSIONES Y SUS MANÍAS”

En un decir “¡Jesús!” y en menos que canta un gallo, borronearé un episodio indispensable para el conocimiento de mis lectores.

Es el caso que el cuantioso patrimonio que recibió Eugenia al venir al mundo se mermaba extraordinariamente, por causas que no son de este lugar referir. Su administrador, santurrón y taimado, desesperando de lograr el amor de Eugenia por medio de esos artificios y manejos de ciertos tartufos, aprovechaba su tiempo, y siempre los inquilinos de las casas no pagaban; moríase el ganado en las haciendas, y se helaban los campos, por más que el calor fuese como en África. Eugenia unas veces reñía, otras veía todo con la más profunda indiferencia, pero estaba en idéntica posición del erario, esto es, tenía recursos, pero jamás se encontraban sino a costa de penosos sacrificios.

Pongamos ya en acción a los amantes y asistamos a sus declaraciones de amor.

SANFRUNCIA Y EUGENIA

(SANFRUNCIA, *votando su cachucha en un sofá y vibrando su varita.*)

SANFRUNCIA. —Reina mía, linda Eugenia, ¿está usted buena? Ha amanecido usted encantadora, divina.

EUGENIA. —¡Qué loco es usted! ¿Cuándo tendrá usted juicio?

SANFRUNCIA. —Eso depende de usted, cuando me sonrían esos labios, cuando esos ojos me digan que me aman, cuando pueda sorber en un beso ese corazón apasionado.

EUGENIA. —Usted se chancea. ¿Qué no tenía usted otra cosa en qué divertirse? Todo supongo que es una broma.

SANFRUNCIA. —Sí, señorita (*recuerda a Pineda y lo imita*),¹⁰ una de esas bromas en que sangra el corazón, sí, un fuego en que la mujer a quien adoramos ríe, y su risa nos calcina los huesos. Sí, señorita, ésta debe ser una broma para usted, objeto de las atenciones de tantos más opulentos que yo, que no tengo más que mi corazón y mi infortunio.

EUGENIA. —¡Caballero!

SANFRUNCIA. —Una palabra (*tomándole una mano*); yo adoro a usted, usted perturba mi sueño; usted es, o mi fatalidad o mi esperanza... Usted me ama también,

yo lo he sabido por mi piel, que se había conmovido con el aliento de usted, mi bien, mi adoración. (*Se levanta, recordando, como buen militar, que es el momento del abrazo.*)

EUGENIA (*asustada, tira del cordón de la campana*; SANFRUNCIA, *dizque fuera de sí, se arroja en sus brazos al entrar la criada*). —Prohíbo a usted, caballero, que vuelva a esta casa.

SANFRUNCIA (*saliendo con la mano en los ojos*). (*Aparte.*) —Chica, picaste el anzuelo... Ya fue mía... Volveré mañana en la noche.

EUGENIA. —¡Pobre joven! ¡Me ama! y yo..., ¡infeliz de mí!..., he sido demasiado cruel...

¡Pobre Eugenia! Su carácter era su tormento, lloraba, reía, forjaba mil planes que desbarataba en seguida; al contemplarse en sus espejos, fiaba en su hermosura, y después... sin saberlo, sin fijarse en nada..., lloraba, porque el llanto es siempre signo de las emociones que no caben, que se desbordan de nuestro corazón.

(*Han llamado con mucha parsimonia: la criada anuncia a DON GERÓNIMO ASNAL.*)

EUGENIA, DON GERÓNIMO

DON GERÓNIMO. —Beso los pies de usted. (*Ve al*

disimulo el espejo para revisar su traje y apostura, se sienta satisfecho.)

EUGENIA. —Muy contento viene usted.

GERÓNIMO. —Sí, ¡ah! (*suspira como quien bufá*), celebró ver a usted a solas.

EUGENIA. —¡Hola! ¿Tenía usted que decirme?

GERÓNIMO. —¡Eh!, pues (*Aparte.*), ¡qué linda y qué buena constitución! (*a EUGENIA*) Muy favorecida estuvo usted anoche.

EUGENIA. —Con todos ustedes, mis buenos amigos.

GERÓNIMO. —Algo más: lo digo por algunos.

EUGENIA. —¿Quién?

GERÓNIMO. —No hablo yo de esos mozalbetes que van y desacreditan a una señora en sus bureos, de esos hombres que se derriten por una mujer, y quieren solamente abusar de su afecto..., pero el licenciado...

(*EUGENIA olvida al licenciado y se alarma, porque cree que las anteriores son referencias a SANFRUNCIA.*)

EUGENIA (*con frialdad*). —No todos los jóvenes son como usted dice, vea usted, hay algunos aturdidos, sí, pero cuyos excelentes corazones los harían adorar una mujer...

GERÓNIMO. —Es usted muy niña, vea usted a nuestro amigo Sanfruncia, su corazón es magnífico, su bolsa

es de sus amigos, es un Cid en campaña; pero en punto a mujeres, su moralidad, su..., en fin, es nuestro amigo y yo no quiero...

EUGENIA. —Acabe usted...

GERÓNIMO. —Yo, si fuese mujer, querría un hombre para quien fuese su última ilusión, su postrera esperanza; que me amara como padre y me chiqueara como amante, que me tomase la mano (*se la toma*), y pudiera yo contar con un hombre que me la besase (*la besa*), y yo dijera, hay cierta pureza en ese amor; que me estableciera, que me cuidara. (*Al decir todo esto, DON GERÓNIMO tiene el rostro desencajado, los ojos brillantes de pasión. EUGENIA casi no lo percibe pensando en su infiel amante.*)

EUGENIA. —Mudemos de conversación. (*Aparte.*) El amor de este hombre me empalaga.

GERÓNIMO. (*Aparte.*) —Me da un tabardillo si no te consigo. ¡Qué coloradita está! (*a EUGENIA*) Señorita, ¡como usted guste!

IV
DONDE SE DEMUESTRA COMO VERDAD
MATEMÁTICA QUE “MÁS SABE
EL DIABLO POR VIEJO QUE POR DIABLO”

Eugenia amaba a Sanfruncia, lo amaba con toda la intensidad de esos caracteres volubles que una vez se fijan. Mi jovenete ya, seguro del amor, la amaba de munición, excitaba sus celos con conversaciones picarescas, la enternecía con un mimo, lloraba ella, y él, tarareando, se despedía fumando indolente su habano, dejando a su adorada retorciéndose de celo, de amor y de despecho.

En esos instantes, a título de consuelos, adquiría don Gerónimo ventajas materiales: poníale parchecitos en sus jaquecas, pulsábala a menudo y se comedía a transportarla a su lecho en sus dolorosos ataques de nervios.

Advertido de estas ventajas mi Sanfruncia, fogoso, resuelto como lo hemos descrito, envió una escuela de desafío a don Gerónimo. El primer movimiento de éste fue de terror profundo...; después, de regocijo, viendo aquello como una aventura escandalosa que le daría popularidad.

Tuvo su entrevista con Sanfruncia, después de participar su duelo a medio México, menoscabar la honra de Eugenia y poner a ésta en penoso conflicto. En la entrevista el viejo ruin y cobarde lo negó todo, y en medio a sus palabras orgullosas, hizo percibir a su rival que era indigno de él batirse con un viejo débil y enfermizo; redujose el desafío a una espléndida comida, y el viejo apareció con su aventura (cuyos pormenores quedaron ocultos en el más profundo secreto), al menos por entonces; apareció con su aventura, digo, radiante de orgullo; lo que es más, como todo un calavera... No obstante, el celo por el amor de Eugenia, la superioridad que reconocía en su rival y la secreta humillación en su última aventura lo tenían vivamente resentido. Pero un viejo no se lanza sobre su presa, sino que la espía, la caza como la hiena, ocultándose, haciendo que no se escuchen sus pisadas.

Eugenia enconaba más este odio, diciendo insustancial a don Gerónimo que amaba a Sanfruncia; lo que sufría el viejo, ofreciéndole que con tal que lo viese, a él, amase a su rival. Entre tanto, él era una urraca que hacía desaparecer todo lo que servía a Eugenia para guardarlo como reliquia, sin que ella lo supiese; traía su pelo en una sortija en que estaban sus iniciales, y en medio del más concurrido corrillo, sacaba un pañuelo en que se veía bordada la cifra de la encantadora Euge-

nia. ¡Infame viejo!, a sus amigos hablaba de las prendas materiales de su dama, a las criadas las sobornaba con tal de saber sus costumbres más íntimas, y anticipándose el goce de deseos indecentes, consumía un caudal en cuadros, cajas de polvos con pinturas obscenas, etc. Haciendo notar siempre cierta semejanza entre ellas y la señora de sus pensamientos. Era de esos gusanos que buscan como asilo el cáliz de una rosa para ajarla y matarla con su contacto impuro.

Con el pretexto mismo de su cobarde aventura, fingiose amigo íntimo de Sanfruncia; el joven imprudente y desenvuelto comunicábale sus otros lances amorosos, y don Gerónimo, en contacto con criadas, con lacayos y con las relaciones más escusadas de Eugenia, hacía llegar a sus oídos todas las debilidades de su rival. La joven vivía en medio de mil tormentos.

Don Gerónimo tuvo una oportunidad de consumir sus planes. A cierta víctima plebeya de Sanfruncia, le comunicó que éste se casaba con Eugenia Espinal; que había dicho que su honor era un honor de costurera, que se cubría con media docena de onzas; y tanto, tanto, que Dorotea Pespunte (así se llamaba la víctima celosa), iracunda, ardiendo en deseos de venganza, pidió consejo a don Gerónimo para satisfacer su agravio.

Era tiempo de carnaval. El viejo le aconsejó a Dorotea que se vistiese de máscara, que buscase a Eugenia

y le dijese todo y la humillase en público; Gerónimo le facilitó recursos para su intriga.

Efectivamente: verificase el baile, acude Dorotea, va Eugenia también; don Gerónimo, que todo lo sabía, da las señas a Pespunte de su rival, y él toma el brazo de Sanfruncia para conducirlo a la presencia de ambas en el momento oportuno.

Sanfruncia, esa noche, tenía tres citas, dos maridos en ascuas y un proyecto delicioso. Sobre todo, una francesita, su encanto, y que sabía comunicar su coquetería parisiense a los lances de carnaval.

Dorotea, en lo más concurrido del baile, se dirigió con su traje masculino a Eugenia, y le dijo:

—Mascarita, tú buscas a Sanfruncia.

—No conozco a semejante hombre.

—Es cierto; si lo conocieras, no lo amaras; él te quiere conocer como se conoce a los relojes, tomándote a prueba.

—Tú me insultas, ¡vete, máscara!

—Eugenia, te clavás; Sanfruncia tiene compromisos sagrados, y tú te pierdes; señores y señoritas, vean ustedes, una dama tímida y llena de riqueza, reducida al prorateo del amor de un calavera, del capitán Sanfruncia.

El círculo de máscaras que se había reunido carcajeaba lleno de placer y mezclaba sus alusiones venenosas al diálogo.

Entre aquella confusión, a los ecos de la música, en medio de la danza y del aturdimiento, Eugenia creía sofocarse, y empapaba la careta con sus lágrimas.

Don Gerónimo, que estaba en acecho de todo, arrastró a Sanfruncia con la francesita, que llevaba del brazo, al círculo deseado.

Dorotea continuaba:

—¡Bien!, ¡muy bien, señorita Eugenia! Para una señora, una cita nocturna es una entrevista. ¡Pobre joven! ¡Que aumenta con su pelo, sus guantes y pañuelos, el museo amoroso de un aturrido!

Sanfruncia se informó de lo que se trataba; la infeliz Eugenia, inmóvil, hubiera querido que la tierra se la hubiese tragado.

—Salud —decía Dorotea—, ¡he aquí un matrimonio de carnaval!

—Dime, Sanfruncia, ¿y dejas a tu Chole, cuyos dineros gastas y te costea...?

Sanfruncia, a tal insulto, arrancó la máscara a Dorotea, que descubrió su lindo rostro femenino, y se cubrió la cara con las manos, diciendo a Eugenia:

—Señora, ese hombre me ha hecho desgraciada.

La francesa, antiguamente celosa de la costurera, se lanzó sobre ella, diciéndole injurias atroces en su risible chapurreado. Los máscaras rieron y la infeliz Eugenia cayó sin sentido en los brazos de don Gerónimo que,

llo de regocijo pero mostrando aflicción, se retiró del baile, conduciendo a la infeliz Eugenia y diciendo: “Más sabe el Diablo por viejo que por Diablo”.

Sanfruncia convidó a varios amigos la champaña, y brindó repetidas veces por su concurso de acreedores.

V

EN QUE SE DEMUESTRA, A TIRA MÁS
TIRA, QUE NO SIEMPRE ES CIERTA
LA MÁXIMA POPULAR QUE DICE:
“NO SE HIZO LA MIEL PARA
LA BOCA DEL ASNO”

Eugenia se movía maquinalmente, se dejaba conducir por su pérfido protector, y es inútil describir todo su tormento, toda su aflicción, todo su despecho y amargura.

Don Gerónimo le exageró el escándalo; hipócrita, y con aquellas frases de: “¿Quién lo había de creer, de tan excelente joven?”, echaba vinagre en la herida con que los celos habían traspasado el corazón de Eugenia.

—Por lo pronto —dijo Don Gerónimo—, señorita, nosotros debemos abandonar México, donde hoy sería usted objeto de burla y de curiosidad.

La joven adoptó el proyecto, mas al verificarlo se encontró frente a frente de su situación financiera, y sollozó a la vista de los amagos de la miseria y el desamparo.

En esta vez, y por un rasgo de atrevimiento, don Gerónimo, como tal novio de Eugenia, quedó respon-

sable con sus bienes de los desfalcos que había tenido, y la arrebató a su hermosa hacienda del rumbo de Querétaro.

A poco tiempo circulaban en los salones de buen tono unas tarjetas de porcelana doradas, que decían:

Gerónimo Asnal

y

Eugenia Espinal

Participan a usted haber contraído matrimonio y se ofrecen a sus órdenes en la hacienda de la Redoma Encantada.¹¹

Al leer una de estas tarjetas, Sanfruncia dijo a sus amigos: “Asnal es un buen chico; lo anuncio a ustedes como mi editor responsable”.

VI

EN QUE SE VA A PONER EN EVIDENCIA QUE NO HAY ANIMAL MÁS FIERO QUE UN MARIDO SETENTÓN

Pasaron pocos días, y al expirar éstos, la luna de miel se cubrió por siempre con la nube de la triste realidad.

Don Gerónimo, rastrero amante, era imprudente señor. Eugenia más bien había profesado de hermana de la caridad que contraído matrimonio.

Aquel vejete “era un sepulcro de luciente mármol, de podredumbre y de gusanos cárcel”.¹² El altar del amor era la cama de un sucio hospital. El aceite de almendras para el pecho, las friegas para las piernas, la imponente calva, su boca sin la colonización dentrífuga de Labully;¹³ y luego sus celos humillantes con los mayordomos, con los criados, y su ahínco por las costureras esbeltas, por las recamareras rollizas; y luego sus quejidos y su tos inoportuna, y sus desvergüenzas y su despotismo, si estaba parlante. ¡Oh, éste es un tormento que sólo puede comprenderlo la mártir que lo haya sufrido!

Es como el tormento que consistía en encerrar en un tonel a un hombre con un mono y arrojarlo en el mar.

Los días pasaban y los sufrimientos de Eugenia no tenían tregua. Cantaba, y él decía:

—Calle usted, señora, que esas alegrías le han costado a usted el honor.

Poníase un vestido elegante, y él replicaba:

—Señora, no me acabe usted de arruinar con sus indecentes despilfarres.

Lloraba, y él:

—¡Ah!, ¡ah!, no lloraba usted así cuando yo la salvé del escándalo, de la afrenta.

En estas circunstancias, sin saber cómo, halló Eugenia un papel que era de Sanfruncia: tierno, rendido, apasionado, no pedía más que le otorgase su correspondencia. Ella resistió tenaz un año entero al lado de su verdugo, hasta que al fin (éste al fin que es el *quid* de los novelistas), maltratada un día por el indigno consorte y lanzada de su casa, halló, ¡tórtola infeliz!, apoyo en los brazos del rendido capitán.

Estrechola éste con transporte, adormeciola con la música de sus quejas enamoradas, y ella..., ella, ¡oh, singularidad! Renuente, desdeñosa, sin que pudiera explicarse el motivo, feroz, por expresarme así, con las caricias, hizo del amante un caballeroso conductor a su morada, que al tocar la flor de los placeres se hirió tan

sólo con las espinas de su tallo: era esa ingrata flor, la flor del Cardo.

Desde entonces, sin duda, por sus recuerdos de desengaño en el mundo, esa flor, símbolo de tristeza, sólo descuella en los terrenos áridos y apartados...

El diablo de la burla, por su parte, haciendo una de las suyas, quiso que a todos esos viejos verdes, lujuriosos, intrigantes y calaveras, siempre que la gente sensata los viese de perfil, les encontrasen una exacta semejanza con un asno; y, por último, quiso y aconsejó a nuestro corresponsal de Europa que nos remitiese la adjunta estampa, para que sirviese en la República como símbolo de un matrimonio heterogéneo.



I EL PACTO

Cuando las flores se rebelaron y lograron que la Encantadora les permitiese revestir la carne humana, y venir al mundo en busca de aventuras, la Granadita tuvo la sensatez necesaria para no tomar parte en el levantamiento. Desde entonces, la Encantadora le cobró una afición particular y se lisonjeaba con la idea de que aquella flor no seguiría el loco ejemplo de las demás. Pero el Diablo, que no duerme, atisbó la ocasión oportuna, y al saberse en el palacio de la Encantadora que en esta gran Ciudad de México se iban a dar dos famosos bailes de máscara, inspiró a la Granadita un deseo irresistible de asistir a aquella diversión.

La Encantadora trató de oponerse, pero fue en vano y tuvo al fin que ceder. Al otorgar la licencia que se le pedía, le dijo a Granadita:

—Mi complacencia no se extiende más que a darte libertad por una sola noche, la del segundo baile, y eso únicamente hasta las dos de la mañana. Pero en cambio de esta restricción, pídemelo lo que quieras y te será concedido.

—Os pido —contestó Granadita— que me deis poder para tomar el rostro de la persona que quiera, imitar sus ademanes, su acento, sus movimientos con tal perfección que logre engañar aun a sus deudos y parientes más cercanos.

—Ve aún si tienes otro deseo.

—El que también hagas que, a pesar de la careta, pueda yo ver el rostro de todos y, lo que es más, penetrar los secretos de su corazón.

—Pues bien, te concedo ambas cosas, pero tú no olvides por tu parte que a las dos de la mañana has de volver a ser flor.

Granadita bajó la cabeza en señal de que aceptaba este pacto.

II EL BAILE DE MÁSCARA

Era el martes 29 de febrero de 1849. El gran salón del teatro de Vergara estaba ya a las once de la noche lleno de gente.¹⁴ Dividióse ésta en tres partes: una, la de las familias recatadas y temerosas que, encerradas en sus palcos como en una fortaleza difícil de asaltar, se contentaban con ver como en panorama aquel revuelto mar del salón con su incesante flujo y reflujo; otra, la de los que asistían al baile sin más careta que la natural, exponiéndose a las chanzonetas, burlas y, tal vez, excesos de las máscaras que se les acercaban con el pretexto de embromarlas; y la tercera, por último, la de los que por llevar la cara cubierta con un antifaz se creían permitido perder la vergüenza, y sacan a plaza pública la vida y secretos más reservados de los desgraciados que caían bajo su férula.

La mayor animación reinaba en la sala: a la señorial cuadrilla, seguía la aristocrática contradanza; a ésta el voluptuoso vals; al vals, la entusiasta polca. Pero mientras más bailaban y se daban sus mañas para hacer más de una pirueta, mientras ciertos imbéciles máscaras se

arrinconaban en un ángulo y no hablaban con nadie, otros hacían un uso diabólico de su disfraz y traían ya al retortero a gran parte de la concurrencia pendiente de sus dichos y de sus sales.

Pero entre todas las máscaras que habían llamado la atención, ninguna excitaba la curiosidad tanto como una que iba vestida de bailarina con el hermoso traje que representa la estampa que acompaña a este artículo. Su graciosa tunicela con adornos verdes y encarnados dibujaba un talle esbelto y elegante; unas ricas medias con una raya roja cubrían una pierna bien torneada; el pie, pequeño y seductor, estaba calzado de un finísimo zapato de raso; el adorno del pelo, tan sencillo como elegante, consistía simplemente en unas flores de granada, cuyo color hacía juego con el del ruedo y guarniciones del vestido.

La mujer que llevaba aquel traje ocultaba su rostro con una careta de raso, pero los observadores habían notado ya que tenía unos ojos vivísimos y deslumbrantes, una frente ovalada y noble, y unos dientes de una blancura y belleza particular. Lo poco que se lograba ver inspiraba ardientes deseos de que no quedara encubierto lo demás; de suerte que, a poco rato de haber entrado al salón a la gallarda bailarina, la seguían ya, prendados de su hermosura, algunos jóvenes pisaverdes, y no pocos hombres maduros y aun ancianos, de

esos que no pueden resistir al más terrible de los tres enemigos del alma.

Pero el atractivo físico de la joven fue, al cabo de muy poco rato, lo que menos llamaba la atención. A todos los que se acercaban a hablarle les dijo cosas tan íntimas, aventuras de que no creían saber a nadie, secretos reservados en lo más recóndito de su corazón; los embromó, en fin, con tanta gracia y habilidad, que todos ansiaban saber quién era aquella máscara a quien nadie conocía, y que conocía tan a fondo a toda la concurrencia.

III EL DIABLO EN EL BAILE

S abes quién es aquella bailarina que trae a todos tan preocupados? —le dijo a un elegante joven uno de sus amigos.

—No, ¿la has conocido tú?

—Mi querido Antonio, yo siento disgustarte, pero la amistad me obliga a revelarte que es tu mujer Emilia, a quien creías durmiendo en tu casa.

—Imposible, Gerónimo, estoy seguro de que te equivocas. Durmiendo la dejé ya cuando me vine al baile, donde no quise traerla, por más que me rogó.

—Bueno, yo he cumplido ya con avisarte, haz ahora lo que mejor te parezca.

Gerónimo se alejó. Antonio, por más que había procurado afectar incredulidad, se había sentido como picado por una víbora al oír las palabras de su amigo. Casado con una joven hermosísima, celoso como un turco, con sospechas ya de una infidelidad conyugal, temió estar sirviendo de burla, de juguete a su pérvida consorte.

Acercose entonces, lleno de sobresalto, al grupo

cada vez más numeroso que rodeaba a la bailarina, y la observó con cuidado. La poca duda que le quedaba aún se disipaba por momentos; el pie, la mano, el brazo, hasta un lunar en la garganta, le probaban la identidad de aquella persona con su Emilia. Su voz, aunque disfrazada, conservaba aquel acento que había hecho palpitar de placer su corazón en la época feliz de sus amores; y para complemento de todo, en un dedo de la bailarina brillaba el anillo que Antonio había regalado a su novia la víspera de su casamiento.

—Mascarita, ¿me conoces? —preguntó a la joven.

—Como a mis manos. Eres Antonio Rascarabias y te has venido a coquetear al baile, dejando encerrada en tu casa a tu pobre mujer Emilia.

—¿Y sabes si ha burlado mi vigilancia?

—Mis miedos tengo de que esté disfrutando el dulce placer de la venganza.

—¡Oh, tanto descaró es inaudito! —exclamó Antonio fuera de sí—. Pérfida, infiel, yo castigaré en público tu audacia.

Y al decir esto, arrancó con mano atrevida la careta de la bailarina, descubriendo un rostro hermoso, pálido de cólera, pero que no era el de Emilia.

Antonio, avergonzado, sin saber dónde poner los ojos, balbució un “perdone usted, señorita, ha sido una equivocación”, y receloso todavía, se salió del baile y se

dirigió corriendo a su casa para averiguar si aún estaba en ella su consorte.

Entre tanto, en el salón pasaba otra escena curiosa. En el momento que el rostro de la bailarina quedó descubierto, uno de los espectadores, que se había estado riendo maliciosamente de los apuros de Antonio, prorrumpió en un grito de espanto.

—¿Qué le sucede a ese viejo gordo y bizco? —preguntó un elegante.

—¡Hola! ¿Ésas tenemos? —exclamaba el hombre—. Muy bien, Pepita, te dejé rezando el rosario con las criadas y vengo a encontrarte aquí con ese disfraz descocado de bailarina. Y lo que es ahora, no hay duda; el otro pobre pudo equivocarse, porque aún estabas de máscara; pero yo, ¡triste de mí!, estoy viendo esa carita de pascua que es también una máscara, puesto que oculta un corazón tan pérfido y engañoso.

Pepita no halló qué responder. El vejete le tomó del brazo y salió al patio refunfuñando, seguido de unos dominós que le decían:

—Eso tiene ser viejo verde.

—¿Quién te mandaba casarte con una muchacha bonita, siendo setentón y feo, fiado sólo en tu dinero? Ya darán buena cuenta de él los adjuntos.

Furioso el viejo, se volvió para dar un bofetón al más atrevido de la comparsa, pero en aquel momento

su esposa se soltó de su brazo y se atufó. Su marido la buscó en vano por todas partes; por más vueltas y revueltas que dio por el salón, se acabó la noche sin que supiera lo que había sido de su adorada Pepita.

La bailarina había vuelto a entrar, pero como su disfraz era ya demasiado conocido, se puso el de gitana, y comenzó a decir a todos la buena ventura.

Un rico hacendado del interior creyó reconocer en ella a una costurerilla que llevaba algunos días de perseguir sin fruto.

“Aventura tenemos —dijo en su interior—. Esta noche será mía”.

Ni un solo momento se separaba ya de la gitana. Logró, por fin, separarle de los que la seguían, y le dijo:

—¿Me conoces, vida mía?

—Vaya, sois un señor que me habló ayer tarde, haciéndome ricas ofertas si consentía en amaros.

—¿Y te sientes dispuesta a complacerme?

—Ya lo supondréis, al ver que no me oculto de vos.

Al cabo de un cuarto de hora de conversación en voz baja, el hacendado y la gitana salían del baile, de brazo. Al llegar a uno de los ángulos más oscuros del patio, el galán, sin poder ya reprimir su amor, le quitó la careta a su compañera, y aplicó un ardiente beso en el espeso y erizado bigote de un subteniente de guardia nacional.

—¡Infame! —dijo el hacendado alejándose—. Es una picardía disfrazarse de mujer para engañar a un hombre sensato.

El oficial volvió al salón con un disfraz de hombre, se acercó a un coronel de rostro enjuto y mirar torvo, con quien trabó conversación.

—No estabas tan contento ahora dos años —le dijo—, ibas a batirte con los enemigos y no te agradaba mucho el lance.

—Máscara, tú me insultas.

—Sí, porque nada arriesgo, sé que *por prudencia* evitas los peligros, y que uno a mansalva puede llamar-te cobarde.

El coronel no sufrió el insulto. Trémulo de rabia, desafió al provocativo oficial, y para conocer a su adversario le quitó la máscara. Grande fue su sorpresa cuando reconoció a una de sus antiguas queridas, con la que había quebrado hacía algún tiempo.

—Maldita —le dijo—, buena me la has jugado; pero contigo no se puede tener más que una especie de desafío, y de ese ya estoy cansado.

Las transformaciones continuaban; la bailarina que se había cambiado en gitana, la gitana que se había vuelto oficial, el oficial que se había convertido en matrona, tomaron esa noche cuantos disfraces y figuras pueden imaginarse. Los chascos se reproducían por

momentos: todos los maridos reconocían a sus mujeres en conversaciones demasiado sospechosas con apuestos galanes; todos los padres descubrían a sus hijas, no en muy rígida observancia de las leyes del recato; todos los amantes asistían a la infidelidad de sus hermosas y al triunfo de sus rivales. Algunos lances tuvieron consecuencias más deplorables que las que acabamos de referir; y a no mentir los apuntes que nos han servido para escribir esta verídica historia, de resultas de aquellos raros descubrimientos, ocurrieron siete desafíos, setenta y tres divorcios, cuatro suicidios y dos casos de envenenamiento.

Al referirse al día siguiente lo ocurrido en el baile, se reflexionó que era imposible que hubieran pasado cosas tan asombrosas sin intervención de un poder sobrenatural. La gente supersticiosa y fanática, que es la que más abunda, empezó a correr la voz de que el enemigo malo, temiendo que la cuaresma disminuyera el número de sus víctimas, se había metido al teatro para alborotar conciencias e inducir a malas tentaciones; y hoy día, es una cosa plenamente averiguada que estuvo el Diablo en la máscara.

IV LA VERDAD DESNUDA

Granadita había acabado la primera parte de su papel, pero no quería retirarse sin desempeñar la segunda. Tomó el traje de un nigromante, y ofreció revelar, con la seguridad de un oráculo, cuantos secretos se quisieran saber de toda clase de personas.

Junto a una joven de no común belleza estaba sentado un elegante dominó. La bota charolada y estrecha, los guantes de cabritilla acabados de poner, el pelo rizado y trascendiendo a macasar, el pañuelo con agua de colonia, indicaban que aquel máscara era uno de esos jóvenes, tipos de elegancia y de afeminación. El dominó que llevaba era de raso negro con adornos blancos; y al abrirlo por el pecho, de cuando en cuando, como al descuido, se descubría una limpia camisa de holanda y dos exquisitos botones de brillantes.¹⁵ Con todo esto, ya cualquiera se supone que había más de lo necesario para hacer algunas conquistas.

La joven parecía no escuchar con disgusto los requiebros y piropos del apuesto galán, cuando se acercó el nigromante a la entusiasmada pareja.

—Desgraciada Teodora —dijo a la muchacha—, ¿cómo has podido dejarte engañar con un disfraz, al extremo de no reconocer en el galán que te obsequia a un viejo que te persigue a todas partes y aspira a tu blanca mano, sin que tú lo puedas atravesar? Y tú, infame sátiro, ¿no conoces que ahora puedes agradar, gracias al carnaval que todo lo desfigura, pero que es imposible seas amado, cuando te vean al natural, por más que te tiñas las canas, te pongas dientes postizos, uses colorete y corsé, te vistas con Lamana y te calces en la Zapatería Vizcaína?¹⁶ A medianoche la ficción desaparece y no es muy agradable que digamos eso de casarse con un esqueleto.

Las palabras del mágico produjeron el efecto que era de esperarse. La joven se paró a bailar una polca, y dijo al enamorado vejete, sin poder contener la risa:

—Papá, beso a usted la mano.

El nigromante, seguido de más de veinte personas, continuó su paseo.

—¿Cómo vamos, Matilde? —exclamó, deteniéndose delante de una desenvuelta china—. ¿Quién al ver ese desembarazo, ese polvo, ese aire de fiesta y de zandunga, había de figurarse quién eres? Pues han de saber ustedes, señores míos, que esta poblanita es una cotorróna, no de malos bigotes, que acaba de enviudar. Cuatro días hace apenas que su consorte clavó el pico, y

ahí la tienen ustedes de máscara. Delante de la gente ha fingido llanto, soponcios, el sentimiento más profundo; y en cuanto dieron las once de la noche, sin que la sintiera la tierra, se encapilló ese traje, proporcionado por una criada de confianza, y ha venido al teatro a buscar un sustituto al difunto. Yo, hija mía, no me opongo a que lo encuentres, pero debo hacer esta revelación para que los candidatos sepan con la que pierden.

La poblanita trató de negar, aparentando firmeza, pero le fue imposible; su turbación manifestaba bien a las claras la verdad de aquella indiscreta revelación.

El nigromante tropezó en su camino con un hombre de mediana edad, vestido pobremente.

—Señores, ¿ven ustedes a este caballero? Pues es Pachito Sonaja, y como si dijéramos, un *Petrus in cunctis*, un perrito de todas bodas. El infeliz está en la inopia, pero ni por éstas quiere perder diversión. Es un triste empleadillo con ochocientos pesos de sueldo; y aunque cometió la locura de casarse, y aunque las escasas del erario no le permiten andar en jolgorios, él no se para en chiquitas. Ayer recibió su tercera parte; y en vez de pagar sus trampas, de dar a su mujer para el gasto, de reducirse a la más estrecha economía, ¿qué creen ustedes que ha hecho? Sacó de una casa de empeño ese frac de punto de caramelo (por lo alto del punto) por el que le habían prestado dos pesos. Gastó otros dos

en el boleto para entrar al baile; doce reales en unos guantes blancos de cabritilla; dos reales en que le plancharan el sombrero, que no puede ocultar ya su antigüedad; un real en que le lavaran ese pantalón blanco, con que viene desafiando al frío, porque no tiene otro más adecuado a la estación; y real y medio en que les dieran bola a las botas, y le cocieran una que estaba ya rota. En su casa amanecerán sin blanca, y para el desayuno habrá tal vez que empeñar hasta las sábanas de la cama, pero no importa, esta buena alhaja habrá tenido el gusto de asistir al baile de máscara.

Pachito Sonaja hubiera arremetido de buena gana con el parlanchín; mas el temor de ponerse más en ridículo lo hizo desistir de tal idea, y adoptó como el mejor partido posible el de alejarse y perderse entre la concurrencia.

—Ya se fue Pachito —exclamó el nigromante—; afortunadamente aquí nos ha dejado el reverso de la medalla —y señalaba a un hombre como de unos cincuenta años, de anteojos azules y nariz de garabato—.

”Acérquese usted acá, señor don Alejandro de la Gabeta. Aquí tenéis, caballeros, al tipo de la avaricia, don Alejandro es dueño de más de 500 000 pesos; pero es tan mezquino, que a sus dos hijas, jóvenes de quince y dieciocho años, no las lleva jamás al teatro, ni a una tertulia, ni a un paseo, por no gastar un peso. Todo el

día le rogaron hoy para que las trajera a las máscaras, sin poderlo conseguir. Y si él ha venido, es porque lo ha hecho de balde, supo que un amigo pensaba retirarse temprano y lo estuvo esperando allí afuera para que le regalara su boleto. Además, ya lo veis, el señor De la Gabeta no trae un traje decente, ni siquiera guantes, en una noche como ésta. Se está muriendo de hambre, pero no cenará si no encuentra algún caritativo anfitrión que lo convide.

Las carcajadas de los oyentes acabaron de desconcertar al bueno de don Alejandro, que apenas podía articular unos sonidos inarticulados, semejantes al zum-bido de un moscón.

Las proezas del nigromante pronto se supieron en toda la sala. Divulgo que sabía la vida y milagros del mundo entero. Y *la verdad desnuda* es cosa que no hace muy buen estómago a los que tienen ciertos pecadillos de qué acusarse; los temerosos de un desaguado se escabullían precipitadamente en cuanto descubrían al terrible máscara, y decían a cuantos encontraban al paso que no cabía duda en que Satanás estaba en el baile.

V
UN CUARTO DE HORA DE AMOR

El nigromante vio su reloj y advirtió tristemente que eran los tres cuartos para las dos de la mañana. Acababa de distinguir entre la multitud a un joven en quien fijó sus ojos con complacencia, con ternura. Atreviéndose a pasar hasta donde aquel se encontraba, se llegó a su lado para contemplarlo más de cerca.

El joven era alto, delgado, de color pálido y ojos grandes, de mirar expresivo. Estaba vestido con aseo y elegancia, pero sin afectación. En su fisonomía se notaba un tinte de melancolía que lo hacía más agradable.

—Gracias a Dios —dijo el nigromante—; después de haber encontrado tanto corazón pervertido, tanta alma gastada, es una positiva ventura dar con un hombre como tú. Poseo el don de conocer los sentimientos más íntimos de la persona con quien hablo, nadie puede engañarme con falsas apariencias. Pues bien, con infalible placer descubro en ti las cualidades más apreciables, las prendas de más estima y valor. ¡Dichosa la mujer, interesante Eugenio, que haga palpitar de amor tu corazón! ¡Dichosa mil veces la que un solo

momento te estreche con delicia entre sus brazos contra su seno!

Al escuchar aquellas dulces palabras, Eugenio se ruborizó, dando las gracias con modestia. El nigromante lo tomó del brazo, atravesó por entre la curiosa concurrencia y sacó al joven a la calle. En cuanto estuvieron solos, arrojó su disfraz, se quitó la careta, apareciendo ante los ojos de Eugenio como una joven de una hermosura tan celestial, que no se podía verla sin admiración.

—Yo no soy lo que parezco, Eugenio, ese traje encubría mi sexo, soy una joven que nunca he amado, que esta noche por primera vez he sentido encenderse en mi pecho una pasión devoradora, al descubrir en ti, gracias al poder de que estoy revestida, un corazón tierno, tan sensible, tan bien formado. Ámame como yo a ti, Eugenio mío, y nuestra vida será el emblema de la felicidad.

La pobre Granadita olvidaba que esa vida, de tan corta duración, debía extinguirse para siempre dentro de muy pocos momentos...

VI LAS DOS DE LA MAÑANA

Eugenio estaba como fuera de sí. La belleza sin igual de la joven, la animación de sus palabras, la ternura que se notaba en sus ojos, lo habían conmovido profundamente. Entusiasmado a su vez, juró eterno amor a su preciosa desconocida; y un ardiente beso, beso que valía un mundo, puso el sello a aquella unión misteriosa e interesante. Pero en este momento la sonora campana de la catedral dio las dos de la mañana; Granadita sintió que una mano fría tocaba la suya, y le arrastraba, sin poderse resistir. ¡Comprendió lo que era, y cayó desmayada!...

Eugenio, sin saber cómo, vio con desesperación que su amada había desaparecido de entre sus brazos.

VII CONCLUSIÓN

Granadita volvió en sí en la estancia de la Encantadora.

—Mucho has abusado del poder que te conferí —le dijo ésta—; pero el recuerdo de lo que acabas de sufrir será un castigo bastante severo de tus faltas.

Granadita volvió al jardín; en sus ratos de buen humor, contaba a sus compañeras las infinitas aventuras de aquella memorable noche; pero lo que nunca confió a ninguna fue aquel ensueño pasajero de amor y de felicidad; y cuando en sus horas de tristeza, que eran muy frecuentes, traía a la memoria a su Eugenio y al delicioso beso que mutuamente se dieron, se cubría de ese vivísimo color rojo que da tanta belleza a

¡LA FLOR DEL GRANADO!



I REFLEXIONES MORALES

Los grandes crímenes son vistos siempre con horror y excitan la animadversión pública. Pero la indignación sube de punto cuando quienes los cometen pertenecen a la más hermosa mitad del género humano, a ese sexo que olvida su misión de paz y de ventura cuando no vacila en ejecutar los más atroces delitos.

Las pasiones de las mujeres, más ardientes que las de los hombres, no conocen límite alguno cuando llegan a desarrollarse en toda su fuerza. La venganza es la más terrible; ella hizo cometer el crimen de que vamos a hablar a nuestros lectores, y cuya memoria se conserva aún fresca entre los que lo presenciaron.

II EL AMOR CULPABLE

No siempre corresponde a la hermosura del semblante la belleza del corazón. Mujeres hay que tienen un rostro de ángel y un alma de demonio. A ese número pertenecía Lucrecia, joven viuda llena de gracia, de talento, rica y poderosa, que era pretendida de varios amantes. Lucrecia, entre todos, dio la preferencia a Rodrigo que, seducido por la hermosura de la joven, creyó ver en una inclinación pasajera los síntomas de un amor eterno.

Como hemos indicado, las cualidades morales de la viuda estaban muy lejos de guardar consonancia con sus prendas físicas. Imperiosa y altiva, ningún obstáculo había detenido nunca su voluntad; para satisfacer las pasiones ardientes, bajo cuyo dominio vivía, estaba pronta a cometer no sólo ligerezas e imprudencias, sino toda clase de crímenes.

Cediendo al afecto que le manifestaba Rodrigo, no había vacilado en contraer relaciones ilícitas con él, abandonando su reputación, mancillada ya por varios motivos, a los comentarios ofensivos del público. Entre

tanto, la posesión había hecho caer la venda de los ojos de Rodrigo; sus ilusiones habían caído una por una; y como sucede frecuentemente, aquellos vínculos que en un tiempo fueron su delicia se habían ya convertido en un insufrible tormento; la mujer que había creído amar le era ya aborrecible, y los mismos favores que le había concedido sólo servían para envilecerla a sus ojos.

Comenzaron a poco las riñas y turbulencias, escasas y débiles al principio, frecuentes y tormentosas después. Desesperado Rodrigo con aquella vida, buscó afanoso nuevos placeres, premeditando ya un rompimiento completo que le devolviese los goces de su perdida libertad.

III EL CASAMIENTO

En una de las concurrencias a que asistía con frecuencia, conoció a una joven de un mérito tan relevante que desde luego le consagró su afecto, convertido pronto en un ardiente y verdadero amor. No tardó en lograr la correspondencia que solicitaba, y cada vez más deseoso de poseer aquel tesoro, pidió y obtuvo su mano, y lo dispuso todo para su casamiento.

Algunos días antes de que éste se verificara, descubrió la abandonada amante la traición de Rodrigo. En el acto quiso estallar, pero una idea diabólica cruzó por su mente y prefirió saciar su venganza con la ejecución del proyecto que acababa de concebir. Sin embargo, por un resto de amor a Rodrigo, quiso hablarle para obligarlo a romper el proyectado consorcio. La escena fue terrible: nada bastó para apartar de sus ideas al enamorado joven, que acabó proponiendo a Lucrecia una separación eterna. Pero ella tomó de repente un aspecto serio, arrogante y feroz, y cerró la conferencia con estas palabras:

—Rodrigo, tú no me conoces todavía. Yo no soy una mujer a quien se traiciona impunemente. Cum-

ple en buena hora tus deseos; cástate con mi rival. El momento de mi venganza llegará, y entonces tú te acordarás de mí.

Verificose a poco tiempo el matrimonio de Rodrigo y Amelia. La felicidad sonrió por algún tiempo a los dos amantes; diez meses pasaron entre las delicias de la vida conyugal sin que dolor alguno viniese a amargar su existencia. Nada había vuelto a saberse de Lucrecia, que vivía retirada de la sociedad y no salía casi para nada de su casa. Decíase que se había vuelto devota. Rodrigo mismo creyó que, arrepentida de sus culpas, había buscado un refugio en esa sacrosanta religión cristiana, que perdona setenta veces siete veces, y echó en completo olvido las amenazas de aquella fiera.

IV LA VENGANZA

Qué hacía entre tanto ésta en su madriguera, y cómo olvidaba por tanto tiempo la venganza que había prometido tomar, despiadada y sangrienta? Lucrecia ni un momento había dejado de recrearse con tan sabrosa idea; pero semejante al tigre, que no se arroja sobre su presa sino cuando está seguro de que no se le ha de escapar al dar el último salto, aguardó con la paciencia de un demonio, para que el golpe que iba a dar fuera terrible e irreparable.

Tenía cercada de espías la casa de Amelia: dos de sus criadas, en quienes más confianza depositaba ésta, vendían traidoramente sus secretos a su enemiga. Por ellas sabía Lucrecia que cada día iba en aumento el amor de los dos esposos; por ellas, que Amelia había dado a luz un niño, y que el nacimiento de aquel hijo había estrechado los vínculos del cariño conyugal. Entonces fue cuando la vengativa celosa se dispuso a emponzoñar la felicidad ajena, devolviendo con usura los martirios que desgarraban su corazón.

Era el día del bautismo del hijo de Amelia. Los parientes y amigos de la familia estaban convidados a un opíparo convite; sentáronse todos a la mesa; y antes de que se sirviese el primer plato, Rodrigo propuso un brindis, echando en los vasos un exquisito vino de Oporto que guardaba bajo de llave y que jamás tocaba la mano de ningún criado. A invitación de su esposo, Amelia, que llevaba algunos días de haberse levantado de la cama, acercó como los demás a sus labios el vaso y apuró su contenido. Quejose de que hacía días que encontraba en aquel licor un sabor acre y desagradable, que no era de esperarse por cierto de su bondad. Los convidados convinieron en la exactitud de la observación, pero Rodrigo, variando al punto de materia, hizo que se olvidara un accidente que en aquel momento pasó por insignificante.

A las pocas horas de haberse levantado de la mesa, todos los convidados comenzaron a sentirse indispuestos; el mal se hizo tan grave que fue preciso apelar en el acto a los socorros de la medicina; y los facultativos declararon que todos los síntomas de la enfermedad anunciaban un envenenamiento. Tratose de averiguar la verdad del hecho; y después de las consiguientes indagaciones, se descubrió que el vino estaba envenenado con cicuta. La prontitud con que se había llamado a los médicos salvó la vida de los convidados, que no ha-

bían tomado más que una pequeña cantidad de aquella mortífera bebida, y por la primera vez; pero Amelia, que llevaba varios días de tomarla, aunque en pequeñas dosis, no pudo resistir a su fatal acción y falleció entre horribles tormentos.

V EL JUICIO

Los tribunales intervinieron en este negocio para averiguar si el envenenamiento era obra de la casualidad o resultado de algún infame delito. Las sospechas más vehementes se aglomeraron sobre la cabeza del infeliz Rodrigo, que apareció a los ojos de todos como el asesino de su mujer. Las circunstancias del caso lo comprometían sobremanera. Aquel vino de Oporto, que había causado la muerte de Amelia, estaba bajo su inmediata y exclusiva inspección; nadie de su casa más que él había tocado nunca una botella. A ruegos suyos había consentido su consorte en tomar todos los días de aquel vino. En el banquete lo había servido a todos, excusándose él de beberlo, por más instancias que se le hicieron, con el pretexto de que jamás acostumbraba tomar, cuando había pruebas de lo contrario. Por último, para dar la razón del interés que podía haber tenido para cometer aquel homicidio, se alegaba que era sobremanera ávido de dinero, que su mujer había heredado, desde los primeros meses de su matrimonio, el pingüe caudal de unos parientes, y que Rodrigo ha-

bía esperado tener un hijo para que, heredándolo éste a la muerte de su madre, pudiese aquel derrocharlo a su satisfacción.

El proceso se formaba violentamente, aumentándose sin cesar los cargos contra el presunto reo, cuya desgracia acabó de completar la repentina muerte de su hijo. A virtud de las sospechas que se tenían, se mandó proceder a la autopsia del cadáver; y la opinión unánime de los facultativos fue que la criatura había muerto envenenada como su madre.

Este suceso acabó de engañar a los jueces, quienes se persuadieron de que Rodrigo, lisonjeándose de salir absuelto, y temiendo que se le quitase la administración de los bienes de su hijo, lo había matado para heredarlo como él había heredado a Amelia. El error adquirió la fuerza del convencimiento; en vano Rodrigo adujo en su abono razones muy poderosas, en vano su defensor pronunció un brillante alegato, desvaneciendo todos los cargos. Una sentencia terrible condenó al último suplicio al supuesto asesino, dando así un nuevo ejemplo de los errores a que arrastra la falibilidad humana, falibilidad que es uno de los argumentos más incontables contra la pena de muerte.

Preocupado Rodrigo con su dolor y su defensa, no había vuelto a pensar en su implacable enemiga, pero reflexionando un día cuál sería la verdadera causa de

la muerte repentina de los dos seres más amados de su corazón, se acordó de la terrible amenaza de Lucrecia. Un rayo de luz penetró en su espíritu, que vio entonces con una claridad espantosa la mano de su antigua amante en aquellos horribles acontecimientos. Al juzgarse su causa en segunda instancia, reveló a los jueces aquel secreto que comprobaba su inocencia. Practicó el tribunal las averiguaciones y diligencias del caso, pero nada confirmó la culpabilidad de Lucrecia; el dicho del acusado, insuficiente para condenarla, se interpretó como el último y miserable efugio a que recurría en su desesperación, y la sentencia de muerte fue confirmada.

VI LA EJECUCIÓN

El día de la ejecución llegó. La pobre víctima, resignada al sacrificio que le imponían la venganza de una mujer y el error de los tribunales, salió para el suplicio, acompañado del sacerdote que había oído su confesión y que no debía abandonarlo hasta el último momento. Dócil a los consuelos del santo varón, y sinceramente arrepentido de sus culpas, Rodrigo no se había mostrado reacio más que en un solo punto, el del perdón que la Iglesia exige al penitente de todos sus enemigos. El desgraciado recordaba aún con horror y con ira la infame venganza de Lucrecia, y sólo lo horrible del trance y la convicción de que “no es perdonado el que a otro no perdona”, pudieron ahogar en su alma la voz del resentimiento. No todo había acabado aún; sin embargo, su virtud tenía que pasar todavía por las últimas y las más terribles pruebas.

En el tránsito de la capilla al cadalso, Rodrigo había caminado con los ojos bajos, procurando concentrar todas sus ideas y afectos en la dulce religión del cristiano. De repente, como obligado por una voluntad

superior a la suya, como movido por un resorte, alzó los ojos y los dirigió a uno de los grupos que se habían formado para verlo pasar. Al instante profirió un horrible grito, porque acababa de conocer entre los espectadores a Lucrecia, cuya hermosa fisonomía había tomado una expresión infernal. Pintábase en aquel rostro una alegría espantosa. Las miradas de la envenenadora parecían decir al desventurado que marchaba al suplicio: “Bien te aseguré que te acordarías de mí”.

Rodrigo llegó al pie de la horca, desfallecido y sin fuerzas. El verdugo lo dispuso todo para la ejecución con que iban a acabar los tormentos del infeliz padre y esposo; pero todavía al espirar, el último ruido que llegó a sus oídos fue una carcajada sonora, estridente y satánica, postrer acto de una venganza implacable...

VII EL CASTIGO

S abéis, por ventura, lo que se hizo la envenenadora? Quince días después de la ejecución de Rodrigo desapareció de repente, sin que desde entonces haya vuelto nadie a saber a punto fijo su paradero; pero es tradición muy vulgar la de que, o murió súbitamente en expiación de sus crímenes, o arrastra en lugares desconocidos la existencia más miserable, agitada de horribles e incesantes remordimientos.

VIII LA CICUTA

La leyenda de que hemos sacado la triste historia anterior contiene una estampa, que también reproducimos, y representa a Lucrecia ensayando en una noche sombría y tempestuosa, en un recóndito laboratorio, venenos de diversas clases. Habíase entregado sin descanso al estudio de la toxicología y aquella noche probaba en varios animales el efecto de la cicuta. Todo el tiempo que tardó en ejercer su venganza, no tuvo más ocupación que ésta. Y si el lugar en que pasaron estos sucesos no fuera tan oscuro, la historia tan poco sabida, el nombre de Lucrecia se hubiera inscrito ya en el, por fortuna, demasiado corto catálogo de las envenenadoras, al lado de Xanthis de Tracia, Locusta de Roma y la Brinvilliers de Francia.¹⁷

Cuando encontréis a vuestro paso una planta mortífera, cuya flor es triste y siniestra como la conciencia del culpable, y que busca para crecer los sitios más oscuros y retirados, a la manera del criminal que va a perpetrar un delito, apresurad el paso y huid. Esa planta es:

LA CICUTA.

NOTICIA DEL TEXTO

Los textos que aquí se editan pertenecen a la serie titulada *Las flores animadas*, inspirada en su homónima francesa *Les Fleurs Animées* (1847), historias protagonizadas por flores convertidas en mujeres. Contenía ilustraciones realizadas por Jean Ignace Isidore Gérard (1803-1847), llamado Grandville, el cual encargó los relatos a escritores poco conocidos: Alphonse Karr (1808-1890), Taxile Delord (1815-1877) y el Conde Fœlix —seudónimo de Louis François de Raban (1795-1870)—. La publicación no sólo fue popular en Francia, sino que se hicieron traducciones en ciudades como Nueva York, Bruselas y Leipzig.

En México, el editor Ignacio Cumplido (1811-1887) decidió traer e integrar las bellas ilustraciones de Grandville a su periódico literario, *El Álbum Mexicano*. Cabe destacar que en un inicio sólo había traducciones de la versión francesa, hechas por Luis Maneyro (1825-1873); sin embargo, Cumplido quiso que el orden y las historias se adaptaran a las costumbres locales, por lo que se distanciaron del modelo francés para producir relatos totalmente originales. Entre los escritores que

colaboraron en la serie se encuentran Guillermo Prieto (1818-1897), Manuel Payno (1810-1894) y José María Roa Bárcena (1827-1908). Otros textos se firmaron con iniciales o mantuvieron el anonimato.

La flor del cardo, escrita por Guillermo Prieto, se publicó en el tomo I de *El Álbum Mexicano* (1849), edición de la cual se desprende la presente. Fue recopilada para una antología del autor en *El placer conyugal y otros textos similares*, colección La Matraca, dirigida por Margo Glantz y Fernando Tola de Habich, (Instituto Nacional de Bellas Artes y Premiá Editora, 1984). Existe una reedición, hecha por Ediciones Coyoacán, y forma parte de la colección Reino Imaginario (2001); ambas versiones carecen de notas o estudio crítico sobre el texto que aquí interesa. La última edición se encuentra en las obras completas del autor, en el tomo X de *Crónicas de teatro y variedades literarias*, compilado por Boris Rosen Jélomer y editado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en 1994. Contiene una nota que indica dónde fue publicado el texto por primera vez.

Por su parte, *La flor de granada* se publicó en el tomo I de *El Álbum Mexicano* (1849); mientras que *La envenenadora* se dio a conocer en el segundo tomo de dicho periódico (1849); ambos textos carecen de firma, así como no cuentan con ninguna otra edición, salvo la aquí presentada.

GUILLERMO PRIETO TRAZO BIOGRÁFICO

Guillermo Prieto Pradillo nació en la Ciudad de México el 10 de febrero de 1818. Durante sus primeros años de vida no recibió educación alguna, debido a la pobreza en que vivió. Fue apadrinado por Andrés Quintana Roo luego de perder a sus padres; gracias a él tuvo una formación académica en el Colegio de San Juan de Letrán.

Como resultado de esa educación y del continuo aprendizaje autodidacta, Guillermo Prieto, junto con sus amigos Manuel Tossiat Ferrer, los hermanos José María y Juan Nepomuceno Lacunza, Ignacio Rodríguez Galván e Ignacio Ramírez, fundaron la Academia de Letrán en 1836, cuyo propósito fue el florecimiento de la literatura nacional.

Su labor literaria comenzó en dicha academia al escribir sus primeros poemas en 1836, mientras que en el periodismo, donde sobresalió como cronista, se inició hasta 1840. Colaboró en múltiples periódicos de la época: *El Mosaico Mexicano*, *El Cosmopolita*, el *Seminario Ilustrado*, *El Museo Mexicano*, la *Revista Literaria y Cien-*

tífica, el *Album Mexicano*, *El Ateneo Mexicano*, *El Monitor Republicano* y *El Siglo Diez y Nueve*. En éste firmó la columna “San lunes de Fidel” con el seudónimo de Fidel; además, en 1845, fundó el periódico *Don Simplicio*, junto con Ignacio Ramírez, El Nigromante. Asimismo, en 1884, participó en la fundación de El Liceo Hidalgo y en la revista del mismo nombre.

A la par de sus actividades literarias y periodísticas, Guillermo Prieto destacó como político liberal; se desempeñó como ministro, secretario, diputado y militar. Cabe señalar que durante la Guerra de Reforma (1858-1861) colaboró con Benito Juárez, fue secretario de Hacienda (1858-1859) y participó en la redacción de las leyes de Reforma.

La obra de Guillermo Prieto cuenta con varios títulos: *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* (1848), *Memorias de mis tiempos* (1906), *El alférez* (1840), *El susto de Pinganillas* (1843), *A mi padre, Patria y honra*, *La novia del erario*, *Viajes de orden supremo* (1857), *Una excursión a Jalapa en 1875*, *Viajes a los Estados Unidos (1877-1878)*, *Compendio de la historia universal*, *Versos inéditos* (1879), *Musa callejera* (1883), *El romancero nacional* (1885), *Colección de poesías escogidas, publicadas e inéditas* (1895-1897), entre otros.

En los últimos años de vida, y luego de una carrera fructífera, fue nombrado por Ignacio Manuel Altami-

rano como “El poeta mexicano por excelencia” o “El poeta de la Patria”, como resultado de un concurso sobre el poeta más popular, convocado por el periódico *La República* en 1890. Guillermo Prieto murió en la Ciudad de México el 2 de marzo de 1897; fue sepultado en la Rotonda de las Personas Ilustres.

NOTAS

¹ Dolores Phillipps-López, “Un dibujante francés y los primeros cuentistas mexicanos: Grandville, Payno, Prieto y Roa Bárcena”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, publicación de la Universidad Complutense de Madrid, núm. 30, Madrid, 2001, pp. 227-247. Consúltese <http://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI0101110227A>, [consulta: noviembre de 2018]. Esta autora se ha encargado de trazar la genealogía de la adaptación mexicana de *Las flores animadas*, algunos de cuyos datos retomo para enriquecer esta presentación.

² Ignacio Cumplido, “Introducción”, *El Álbum Mexicano*, t. I, México, 1849, p. II. <https://archive.org/details/elalbummexicano01cump>, [consulta: noviembre de 2018].

³ Véase *El Álbum Mexicano*, t. I, México, 1849, pp. 31-37.

⁴ Véase J.J. Grandville, *Les Fleurs Animées*, con textos de Alphonse Karr, Taxile Delord y el Conde Fœlix, 2 tt., París, Hermanos Garnier Editores, 1867. <https://archive.org/details/lesfleursanime01gran>, [consulta: noviembre de 2018].

⁵ “Las flores animadas”, *El Álbum Mexicano*, t. I, México, 1849, p. 11. También en el índice del tomo I se añade entre paréntere-

sis la especificación “novela” al título de *La flor de granada* y *La flor del cardo*. No ocurre lo mismo en el índice del segundo tomo, donde la especificación “[flor]” que acompaña a *La envenenadora* y a otras novelas, remite a la serie de relatos a la que pertenece.

⁶ Lamana era uno de los sastres más importantes de la época; junto a Cussac y Urígüen vestían a los jóvenes más elegantes de la ciudad. Tenían sus talleres en la calle del Espíritu Santo y Puente (hoy Isabel la Católica, en la Ciudad de México). Véase “Modas”, *Revista Científica y Literaria*, México, 1 de enero de 1845, p. 320.

⁷ Referencia a “mamparar”; en la época, equivalente a “amparar”.

⁸ Deformación que Guillermo Prieto hizo de la palabra “sancfrancia” [pendencia o trifulca] en diversos textos. Léase Guillermo Prieto, *Mi guerra del 47*, María del Carmen Ruiz Castañeda [presentación], México, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades, 2ª ed., 2006.

⁹ Obra de Friedrich von Schlegel (1772-1829); expone los ideales románticos, resaltando aspectos filosóficos e ideológicos de carácter escandaloso en su tiempo, a partir de temas literarios como el ocio, la contemplación, la naturaleza, el ingenio, la reflexión, la imaginación y el amor. Véase José Ricardo Chaves, “La ‘Lucinda’ de Schlegel”, *Acta Poética*, vol. 30, núm. 1, México, 2009, pp. 351-356. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=358045934016>>, [consulta: octubre de 2018].

¹⁰ Francisco Pineda fue actor y director del teatro Nuevo México. Nacido en Sanlúcar de Barrameda (España), montó su primera compañía en Guanajuato. Destacó por sus interpretaciones románticas y en su labor como director fue considerado dueño de “un conocimiento exacto de la escena, hijo de una observación profunda de las obras dramáticas, y de un asiduo estudio de la historia”. Véase Los redactores de *El Apuntador*, “Don Francisco Pineda”, *El Apuntador*, t. 1, núm. 1, México, 1841, pp. 177-178. Para consultar el artículo completo, además de un retrato del actor, véase <http://bibliotecadigital.aecid.es/bibliodig/biblioteca_hispanica/es/publicaciones/numeros_por_mes.cmd?idPublicacion=220>, [consulta: octubre de 2018].

¹¹ Obra de teatro de Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880), estrenada en 1839. Pertenece al género de la comedia de magia y enredo, cuyo protagonista es el marqués de Villena.

¹² Versos pertenecientes al “Romance Nono” de *El moro expósito*, poema de Ángel de Saavedra: “Era un sepulcro de luciente mármol, / de podredumbre y de gusanos cárcel; / era un palacio hermoso do brillaban / bruñido el bronce, cincelado el jaspe”. Véase *El moro expósito, o Córdoba y Burgos en el siglo décimo, leyenda en doce romances*, t. 2, París, Imprenta de J. Smith, 1834, p. 11, vv. 13-16.

¹³ Se refiere a los productos que el conocido cirujano dentista Antonio Labully vendía a sus pacientes: esencias, opiatas y polvos para la conservación de dientes y encías. Llegado de París, ofrecía “enderezar los dientes de los niños, emplomar los cariadados, extraer los malos, colocar los artificiales y po-

ner dentaduras completas". Véase "Avisos", *El Cosmopolita*, México, 9 de enero de 1841, p. 4.

¹⁴ También conocido como Teatro Nacional, Teatro Santa Anna, Teatro Imperial, Gran Teatro Nacional o Nacional, fue obra del español José de la Hidalga, apoyado por Francisco Arbeu y el presidente Antonio López de Santa Anna. Ubicado en la calle Vergara (hoy Bolívar, en la Ciudad de México) se inauguró el 10 de febrero de 1844; albergaba eventos de todo tipo: festivales, conciertos, banquetes, comedias y bailes de máscaras, como el que se narra en el texto. A pesar de haber sido, según el crítico Justino Fernández, un teatro famoso, concurrido y de buen gusto, fue demolido el primer año del siglo xx para ampliar la avenida 5 de Mayo. Léase Clementina Díaz, "El gran Teatro Nacional baja el telón (1901)", *Revista de la Universidad*, vol. XLIV, núm. 462, México, julio de 1989, pp. 9-15.

¹⁵ La camisa de holanda era una prenda confeccionada a partir de un lienzo muy fino, hecho por lo general con lino o algodón. Solía elaborarse en algunas sastrerías de México, como la ubicada en la calle del Refugio número 16, hoy correspondiente al tramo de la calle 16 de Septiembre, entre Palma e Isabel la Católica, en la Ciudad de México. Véase "Avisos", *El Siglo Diez y Nueve*, México, 13 de junio de 1851.

¹⁶ Lamana era uno de los sastres más importantes de la época; junto a Cussac y Urigüen vestían a los jóvenes más elegantes de la ciudad. Tenían sus talleres en la calle del Espíritu Santo y Puente (hoy Isabel la Católica, en la Ciudad de México). Véase "Modas", *Revista Científica y Literaria*, México, 1 de enero de 1845, p. 320.

La Zapatería Vizcaína se ubicaba en la calle del Refugio, hoy 16 de Septiembre, en la Ciudad de México. Era el punto de venta de diferentes artículos, además de zapatos. Véase "Avisos", *Diario de Avisos*, t. I, núm. 203, México, 30 de junio de 1857, p. 3.

¹⁷ Xanthis aparece en el texto original de *Les Fleurs Animées* (ver la Noticia del Texto). La hechicera vivía en una casa, bajo un puente, en Atenas. La hija de Erebo, como le llamaban, esperaba a la oscuridad y vendía sus pócimas a todo aquel que las necesitara, como al heredero que buscaba librarse de un anciano. Xanthis también hablaba de deidades oscuras, del futuro y de la vida de cuantos se acercaban a visitarla. Véase Grandville, "Histoire de la ciguë. II Athènes", *Les Fleurs Animées*, t. 1, Taxile Delord [texto], París, Garnier Frères Libraires-Éditeurs, 1867, p. 274. Por su parte, Locusta fue una famosa envenenadora del Imperio romano. Ayudó a Agripina a terminar con la vida de su esposo Claudio: aprovechó un viaje de éste para acudir a Locusta, quien le elaboró un veneno. Con ayuda de Haloto se lo dio a Claudio en un guisado de hongos, pero, al no conseguir los efectos deseados, pidió ayuda a su médico de cabecera, Jenofonte, quien terminó el plan al tocar la garganta de Claudio con una pluma untada con veneno. Léase: Cornelio Tácito, "Libro XII", *Anales*, Carlos Coloma [traducción], México, Porrúa, 1975, p. 186. Finalmente, Brinvilliers de Francia (María Magdalena d'Aubray, marquesa de Brinvilliers), esposa de Antoine de Brinvilliers, fue amante del marqués Saint Croix, amigo de su esposo, hasta que su padre, Antoine Deux d'Aubray, lo encarceló en la Bastilla para castigar su adulterio. Saint Croix conoció allí a Exili, un químico italiano que pagaba delitos

por envenenamiento; tras salir de prisión, el marqués compartió con su amante los conocimientos recibidos por parte de Exili. Con todo lo aprendido, la marquesa comenzó sus crímenes; la primera víctima fue su padre, seguido de sus hermanos, puesto que deseaba quedarse con su fortuna. Decidida a asesinar a su marido para casarse con Saint Croix, éste, al ver su amor convertido en obsesión, preparó antidotos para contrarrestar la pócima e intentó, a su vez, envenenar a la marquesa; sin embargo, fue en vano. Tiempo después, Saint Croix murió a causa del contacto con los brebajes. Dentro de sus objetos personales encontraron cartas donde confesaba los delitos cometidos junto a su cómplice; dichas pruebas llegaron a las autoridades, quienes fueron en busca de la marquesa. Aunque ésta escapó a Inglaterra y luego a Bélgica, fue capturada y devuelta a París para ser juzgada. En 1676 fue decapitada y sus restos quemados. Véase Alexandre Dumas, “La marquesa de Brinvilliers [1676]”, *Crímenes célebres*, M. Busquets, M. Angelon y E. de Inza (traducción), Madrid, ESPA/Titivillus, [Valdemar-Gótica, 7], 2ª ed., 2013, pp. 136-413. Consúltese en <https://guao.org/biblioteca/crimenes_celebres>, [consulta: octubre de 2018].



Las flores mexicanas, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 28 de noviembre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de ROSALÍA CHAVELAS PEÑA.